

PQ 2257

.G2

SC

v.1



BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

132561



LA SOGA AL CUELLO

PRIMERA PARTE.

EL INCENDIO DE VALPINSON.

I

En la noche del 22 al 23 de Junio de 1871, cerca de la una, el arrabal de Paris, que es el principal y más poblado de la bonita ciudad de Sauveterre, se puso en alarma por el ruido que producía en el desigual empedrado el frenético galope de un caballo.

Muchos vecinos se precipitaron á sus ventanas.

Entre las sombras de la noche solo distinguieron á un campesino que, en mangas de camisa y sin sombrero, montaba en pelo una robusta yegua blanca, que espoleaba furiosamente, dándole á la vez furiosos fustazos.

El campesino, después de atravesar todo el

arrabal, tomó á la derecha la calle Nacional—en otro tiempo calle Imperial—cruzó la plaza del Mercado Nuevo, volvió hacia la calle Mautrec, y se detuvo frente á la hermosa casa que forma el ángulo de la calle del Castillo.

Aquella casa la ocupaba el corregidor de Sauveterre, el señor Seneschal, antiguo abogado y miembro del consejo general.

Después de echar pie á tierra, el campesino tomó la campanilla y la hizo sonar con tanta violencia, que en el acto se levantaron todos los de la casa.

Minutos después, un criado de cuerpo bastante gordo, con los ojos todavía cargados de sueño, vino á abrir, y con irritado acento exclamó en el acto:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? ¿Habéis bebido mucho? ¿Ignoráis en casa de quién habéis tocado la campanilla?

—Quiero hablar al señor corregidor, respondió el campesino; al instante mismo, despertarle....

El señor Seneschal estaba muy despierto.

Vestido con una ancha bata de bayeta gris, llevando una palmatoria en la mano, lleno de una inquietud que disimulaba mal, acababa de presentarse en el vestíbulo y los había escuchado.

—Allí está el corregidor, pronunció con un

tone bastante desagradable. ¿Qué le queréis á la hora en que toda la gente honrada está descomensando?

Apartando bruscamente al criado, adelantose el labriego, que por lo urgente del caso no observó las formas de la política, y sin haber saludado siquiera al corregidor, le dijo:

—Vengo á deciros que nos mandéis á los bomberos.

—¡Los bomberos!....

—Sí, al instante, ¡despachad!....

El corregidor movió la cabeza.

—¡Ca!.... murmuró con un tono que equivalía en él á la manifestación de la más vieja perplejidad. ¡ca!... ¡ca!...

¡Y quién en su lugar no estuviera indeciso!....

Para reunir á los bomberos, era indispensable hacer sonar la alarma, y en plena noche era tanto como poner en trastorno á toda la ciudad, era tanto como hacer saltar llenos de espanto y en su cama á los valientes hijos de Sauveterre, quienes demasiado habían oído esta lúgubre batería hacia un año, con motivo de la invasión prusiana, y después durante la Comuna.

Hé aquí el motivo por el cual preguntó el señor Seneschal si se incendió.

... ¡Completo! exclamó el campesino; ¡cómo no lo ha de ser con el viento que sopla, capaz de desecornar á los toros.

— ¡Hum! murmuró otra vez el corregidor, ¡hum ¡hum!....

No era aquella la primera vez, desde que administraba á Sauveterre, que hubiera sido despertado de ese modo por un aldeano que llegaba gritando á sus ventanas: « ¡Socorro! ¡fuego! »....

Muy al principio, y arrastrado por la compasión, apresuró á reunir á los bomberos, y poniéndose á su cabeza, corría al lugar del siniestro.

Y una vez llegado, jadeante, sudoroso, después de haber corrido cinco ó seis kilómetros á paso de carga, encontraba con un miserable pajar, que valiendo una friolera, acababa de consumirse. Se había molestado mucho inútilmente.

Tantas veces los aldeanos de los alrededores habían gritado que llegaba el lobo cuando apenas veían la sombra, que al presentarse de veras, costaba trabajo para hacerlo creer.

— En á finitiva, replicó el señor Sareschal, ¿qué es lo que se está quemando?

En presencia de tanta calma, el campesino mordía con rabia el mango de su fuete.

— O: repito, interrumpió, que todo arde,

que todo es llama, granjas, gavilleros, trojes, casas, castillo, todo.... Si tardais un poco, no encontraréis piedra sobre piedra en Valpinson.

El efecto de ese nombre fué prodigioso.

— ¡Cómo! preguntó el corregidor con vez entrecortada, ¿es Valpinson el que arde...

— Sí.

— ¿La casa del conde de Chaudieuse?

— ¡Precisamente! pardiez....

— ¡Imbécil! ¿por qué no lo dijisteis inmediatamente? exclamó el corregidor.

No vaciló más.

— Al avío, dijo á su criado; trae mis ropas. Espera, no. Me ayudará la señora, porque no hay un segundo que perder.... Tú, corre, á la casa de Bolton, el tambor, que haga sonar la alarma, sin hacer tiempo y por todas partes.... Irás en seguida á la casa del capitán Parenteau, le explicarás lo que hay, y le dirás que tome la llave de las bombas en la habitación del conserje.... ¡Espera.... Hecho eso volverás aquí, y pondrás el coche....

¡El fuego en Valpinson!.... ¡Acompañaré á los bomberos!.... Vamos, corre, llama á las puertas, grita: ¡fuego! ¡fuego! Que se reúnan todos en la plaza del Mercado Nuevo!...

El criado volviöse sombra en la velocidad de su carrera.

—Por lo que hace á vos, amigo, replicó el señor Seneschal dirigiéndose al campesino, montad en vuestro animal y apresuraos para irle á decir al señor de Claudieuse, que no pierda el valor, que redoble los esfuerzos, los socorros llegarán....

El campesino no se movió.

—Antes de regresar á Valpinson, dijo, tengo que desempeñar una comision en la ciudad.

—¿Cómo decis?

—Es preciso que vaya á buscar, para llevarlo conmigo, al señor Seignebois, el médico...

—¿El doctor!.... ¿Ha habido algun herido?

—Sí, el amo, el señor de Claudieuse.

—Habrá sido imprudente; se habrá arrojado al peligro, segun su costumbre....

—¡Oh! no. Es que he recibido dos tiros de fusil.

El corregidor de Sauveterre estuvo á punto de soltar la palmatoria.

—¡Dos tiros de fusil!.... exclamó. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿De quién?

—¡Ah! no lo sé.

—Sin embargo....

—Todo lo que puedo deciros es que lo han llevado á una pequeña granja, en donde no se

ha comunicado todavia el fuego. Es allí donde lo he visto, tendido sobre un haz de paja, blanco como una sábana, los ojos cerrados y todo cubierto de sangre...

—¡Dios mio!.... ¿habrá muerto ya?

—Solo sé decir que al salir de allí, ¡lo dejé con vida.

—¿Y la condesa?

—La señora de Claudieuse, respondió el campesino, con un marcado acento de veneracion, estaba en la granja, arrodilada a lado del señor conde, lavando sus heridas con agua fria.... Allí estaban también las dos niñas....

El señor Seneschal se estremeció.

—Entonces se ha cometido un crimen, murmuró.

—En cuanto á eso si, seguramente.

—¿Por quién? ¿Con qué objeto?

—¡Ah! ¡quién sabe!

—El señor de Claudieuse es muy colérico, es verdad, demasiado violento; pero es el mejor y más justo de los hombres, todo el mundo lo sabe....

—Es el bienhechor de Sauveterre y sus alrededores.

—Nadie se atreveria á decir lo contrario.

—En cuanto á la condesa....

—¡Oh! exclamó con presteza el labriego, es una saeta entre las santas.

El corregidor probó dar término á la conversacion.

—El culpable, prosiguió sin duña alguna que es extranjero. Estamos infestados de vagabundos, de mendigos de tránsito. No hay día en que no se presenten en la alcaidía algunos pidiendo socorros para continuar su camino, hombres de rostro patibulario....

El campesino aprobó con un movimiento de cabeza.

—Tal es mi idea, dijo, y la prueba de ello es que al venir aquí proyectaba que no sería del todo mal, prevenir á la justicia despues de avisar al médico....

—¡Es inútil! interrumpió el señor Seneschal, este asunto lo tomo á mi cargo.... Antes de diez minutos estaré en la casa del procurador de la República.... Vamos, partid en el acto y avisad á la señora de Cludieuse que os seguimos.

Nunca en su vida administrativa se habia visto el corregidor de Sauveterre, tan rudamente emocionado. Perdía la cabeza, ni más ni menos que aquel famoso día en que de una manera imprevista le cayeron novecientos soldados á los que tenia que proporcionarles

alojamiento y viveres. Jamás sin el auxilio de su mujer, se hubiera acabado de vestir.

A pesar de todo, al presentarse el criado ya estaba listo.

El buen muchacho habia cumplido con todas sus comisiones y ya se escuchaban á lo lejos de la ciudad los sordos redobles de la alarma.

—Ahora engancha, le dijo el señor Seneschal. Que el coche esté listo á mi regreso.

Fuera, todo estaba en movimiento. En cada ventana se alargaba curiosa ó aterrorizada una cabeza. Por todas partes se oía el golpear de las puertas bruscamente cerradas.

—Quiera Dios, pensaba, que encuentre á Daubigeon en su casa.

Sucesivamente procurador imperial y despues procurador de la República, el señor Daubigeon era uno de los grandes amigos del señor Seneschal.

Era un hombre de cuarenta años, de mirada penetrante, de rostro sonriente; se habia obstinado en permanecer celibaterio de lo que solia envanecerse.

Los vecinos de Sauveterre no encontraban en él, ni el carácter ni el exterior de su severa profesion.

Es verdad que mucho se le estimaba, pero le reprochaban amargamente su filosofia optimista; su bondad inalterable y sobre todo la

blandura de su carácter que degeneraba según decían, en una culpable inercia que alentaba el crimen.

Se hacía, así mismo, el cargo de carecer del sacro fuego, por lo que solía decir que robaba á la fría Themis, largas horas, consagrándolas á las musas familiares, y dejándole solo á aquélla unos cortos instantes.

Grande era su pasión por los bellos libros, las ediciones raras, las preciosas encuadernaciones, las hermosas tiradas de grabados, en cuyas compras gastaba la mayor parte de sus diez mil francos de renta.

Erudito de la antigua escuela, y coleccionador esclarecido, tenía á los poetas latinos, á Virgilio, á Juvenal, y con especialidad á Horacio, en tal estima ó veneración, que no dejaba pasar un momento sin traerlos á buena cita.

Despertado, y con sobresalto como todo el mundo, este digno y galante hombre apresurábase á vestirse para ir en busca de noticias, cuando su antigua ama de llaves, muy azorada, vino á anunciarle la visita del señor Seneschal.

—¡Que entre! exclamó, ¡que entre!

Y cuando el corregidor se presentó:

—Ahora me váis á decir, continuó, por qué

es ese tumulto, esos gritos y esos redobles de tambor que anuncian la alarma.

.... *Clamorque virum, changorque tubarum.*

—Para una espantosa desgracia, pronunció el señor Seneschal.

Era tal su acento, que cualquiera hubiera jurado que era á él á quien le acontecía. Impresionó mucho al señor Daubigeon.

—¿Qué pasa, mi querido amigo? dijo. *¿Quid?* Daos valor, ¡voto á tal! ¡tened sangre fría!... Recordad que el poeta aconseja que en la adversidad se muestre el espíritu siempre el mismo.

*Æquan, momento, rebus in arduis
Servare mentem....*

—Unos malhechores han incendiado á Valpinson! interrumpió el corregidor.

—¿Qué me decís? ¡gran Dios!

*O Júpiter,
Quod verbum audio.*

—Víctima de una cobarde tentativa de asesinato, el conde de Claudieuse, se muere tal vez en este momento.

—¡Oh!....

—El tambor que escucháis reúne á los bomberos, que voy á enviar para combatir el fuego, y si me presento en vuestra casa á esta hora, es con carácter oficial, para denuncia-

ros el crimen y pediros buena y pronta justicia.

No se necesitaba más para que dejara las citas de sus libros el procurador de la República.

—¡Basta! dijo vivamente. Acompañadme, vamos á tomar nuestras medidas para que los culpables no puedan escapar...

Cuando llegaron á la calle Nacional, estaba más animada que en pleno día, porque Sauveterre era una de esas subprefecturas, donde las distracciones son demasiado raras para que la gente no aceja con avidez cualquier pretexto de emoción.

Ya habían sido conocidos y comentados los tristes acontecimientos.

Al principio todos dudaron; pero se convencieron después, cuando vieron pasar á gran galope el cabriolé del Dr. Seigneboz, escoltado por un alano á caballo.

Por un lado, los bomberos no habían perdido el tiempo.

Luego que el corregidor y el Sr. Daubigeon llegaron á la plaza del Mercado Nuevo, el capitán Parenteau se precipitó á su encuentro y llevando militarmente la mano derecha al casco:

—M's hombres están listos, declaró.

—¡Todos?

—Apenas faltan diez. Cuando se trata de llevar socorros al conde y á la condesa de Claudieuse, ¡truenos y bombas!... comprenderéis que nadie puede esperar á que le den un tirón de oreja.

—Ahora, partid y dad pruebas de vuestra actividad, recomendó el señor Senechal. Os alcanzaremos en el camino, pues hemos de ir primero por el señor Galpin-Daveline, el juez de instrucción que nos debe acompañar.

No tuvieron que ir por él muy lejos.

El juez hacia precisamente media hora que los andaba buscando por la ciudad y los percibió cuando llegaron á la plaza.

Vivo contraste del procurador de la República, el Sr. Galpin Daveline tenía hasta la exageración todas las apariencias de un hombre de su profesión.

Todo en él de la cabeza á los pies, desde sus polainas de pafio hasta sus rubias patillas rizadas, acusaba al magistrado.

No era de aspecto grave, era la encarnación de la gravedad.

Nadie, aunque todavía era joven, podía jactarse de haberlo visto sonreírse ó hacerse el gracioso.

Era el Sr. Galpin, según decía el Sr. Daubigeon, tan rígido, que parecía tener el cuerpo

desde la cabeza atravesado por la espada de la ley, lo que no le permitía tener la más mínima elasticidad.

En Sauveterre, el Sr. Galpin-Daveline, tenía la reputación de un hombre superior. El pensaba serlo.

Se sentía indignado al tener que obrar en un teatro demasiado estrecho, gastando las grandes facultades de que se creía dotado, en tareas vulgares, buscando á los autores de un robo insignificante ó al que fracturaba la cerradura de la puerta de un gallinero.

Los esfuerzos desesperados que había hecho para obtener un puesto elevado, habían fracasado siempre.

En vano había puesto en juego á todos sus amigos.

En secreto se había mezclado, aunque inútilmente, en la política, dispuesto á servir á un partido cualquiera que fuera, con tal de sacar algún provecho.

Pero la ambición del señor Galpin Daveline no era de aquellas que se desalentaban, y últimamente, después de un viaje á París, había dado á entender que un brillante matrimonio no tardaría en asegurarle la protección que hasta entonces había faltado á sus méritos.

Cuando se reunió con los señores Seneschal y Daubigeon:

—¡Y bien! comenzó, hé aquí un terrible negocio, que ciertamente va á meter mucho ruido.

El corregidor quiso darle algunos detalles.

—Es inútil, le dijo. Ya me es conocido todo lo que sabéis. Encontré al campesino que ha estado con vos y lo he interrogado.

Después, volviéndose hacia el procurador de la República:

—Creo, señor, prosiguió, que nuestro deber es el de trasportarnos inmediatamente al teatro del crimen....

—Iba á proponérselo, contestó el señor Daubigeon.

—Será necesario avisar á la gendarmería...

—El señor Seneschal acaba de prevenirla.

La agitación del juez instructor era grande, tan grande, que á veces parecía resplandecer en su fisonomía llena de impasible frialdad.

—Es un delito flagrante, replicó.

—Evidentemente.

—De modo que poniéndonos de acuerdo y obrando paralelamente cada uno según nuestras funciones, vos requiriendo, yo actuando conforme á todas vuestras requisiciones...

Una irónica sonrisa se deslizó de los labios del procurador de la República.

—Me conocéis ya demasiado, respondió, para saber que conmigo jamás puede haber conflicto de atribuciones: no soy más que un viejo bonachon, amigo de la tranquilidad y del estudio.

Sum piger et semor Pierdumque comes...

—Ahora, nada nos detiene aquí, exclamé el señor Seneschal que ardía en impaciencia; mi coche está puesto. Partamos ..

II

El camino de Sauveterre á Valpinson mide una legua de distancia; nada más que es una legua del país, de siete kilómetros.

Pero el señor Seneschal tenía un buen caballo, el mejor tal vez de los alrededores, afirmaba él, subiendo al coche con las señoras Galpin-Daveline y Daubigeon.

El hecho es que en menos de diez minutos alcanzaron á los bomberos que habían salido mucho antes que ellos.

Estas buenas gentes, casi todos maestros obreros de Sauveterre, albañiles, carpinteros y algunos de los que se ocupan en cubrir los techos de las casas, apresurábanse empleando toda su energía.

Alumbrados por una media docena de humosas antorchas, seguían con mucha pena y sofocados, el escabroso camino, empujando